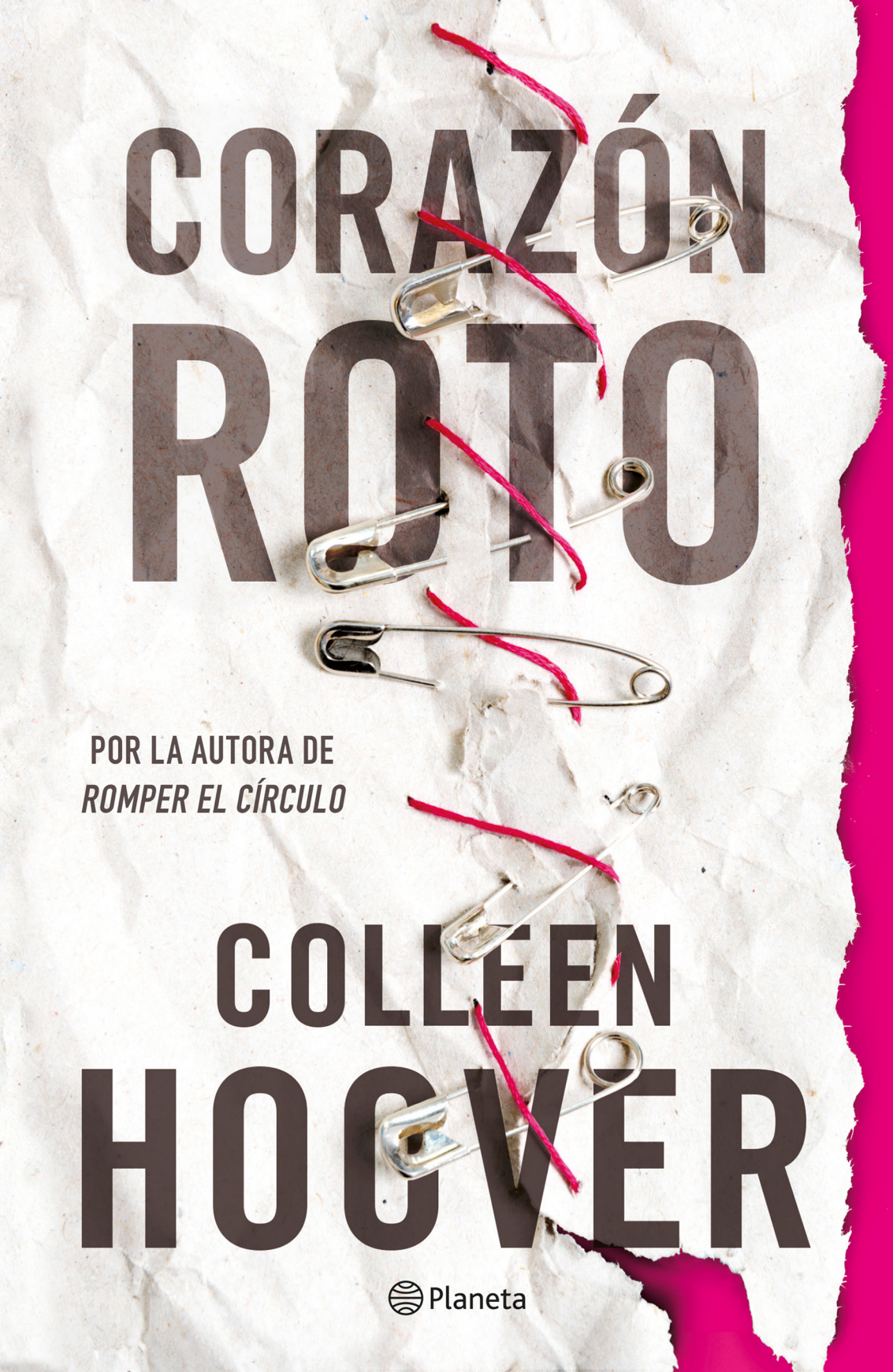


CORAZÓN ROTO



POR LA AUTORA DE
ROMPER EL CÍRCULO

COLLEEN HOOVER

COLLEEN HOOVER

CORAZÓN ROTO

Traducción de Lara Agnelli

Tengo una impresionante colección de trofeos que no he ganado. Casi todos los he comprado en tiendas de segunda mano o en mercadillos. Dos me los regaló mi padre cuando cumplí los diecisiete. De todos ellos, solo uno es robado.

Y probablemente ese sea al que menos cariño le tengo. Lo cogí de la habitación de Drew Waldrup justo después de que rompiera conmigo. Llevábamos dos meses saliendo y fue la primera vez que le permití meterme la mano por debajo de la camiseta. Mientras yo pensaba en lo agradable que era, él va y me suelta: «Creo que no quiero seguir saliendo contigo, Merit».

Yo ahí, disfrutando de su mano en mi teta, y él mientras tanto pensando en que no quería volver a tocármelas nunca más. Dando muestra de un estoicismo heroico, me deslicé hasta salir de debajo de su cuerpo y me levanté. Tras colocarme bien la camiseta, me acerqué a su estantería y le robé el trofeo más grande que vi. Él no protestó, ni en ese momento ni más tarde. Pensé que, si él podía dejarme mientras me metía mano,

lo mínimo que podía hacer yo era llevarme un trofeo de recuerdo.

Aquel trofeo del campeonato de fútbol del distrito fue el inicio de mi colección. A partir de ahí fui recopilando galardones al azar tanto en mercadillos como en tiendas de segunda mano cada vez que tenía un día de mierda.

¿Suspendía el examen de conducir? Primer puesto en lanzamiento de peso.

¿Nadie me invitaba al baile de fin de curso de primero de bachillerato? Premio al mejor reparto en obras de teatro breves.

¿Mi padre le pide matrimonio a su amante? Mejor equipo de las ligas juveniles.

Han pasado dos años desde que robé el primer trofeo. Actualmente tengo una docena, aunque he vivido más de doce días de mierda desde que Drew Waldrup me dejó. El problema es que no es tan fácil encontrar galardones que nadie quiera.

Por eso estoy ahora aquí, en una tienda de antigüedades, contemplando el trofeo que le otorgaron a alguien que ocupó el séptimo puesto en un concurso de belleza, un objeto que me llamó la atención la primera vez que lo vi, hace seis meses. Mide casi medio metro y corresponde a un concurso que se celebró en Dallas, en 1972, llamado Bellas con Botas.

El nombre del concurso me hizo gracia, pero lo que me robó el corazón fue la figurita de la mujer bañada en oro que lo corona. Lleva un vestido de baile, una tiara y unas botas con espuelas. Todo en él es absurdo, sobre todo la etiqueta con el precio: ochenta y cinco dólares. Pero empe-

cé a ahorrar para comprármelo en cuanto salí de la tienda y al fin he conseguido reunir el dinero.

Lo saco del estante y, mientras me dirijo a la caja registradora, me fijo en un tipo que hay en la primera planta. Se ha apoyado en la barandilla y me está observando. Descansa la barbilla en una de las manos y da la sensación de llevar un rato en esa posición. Me sonrío en cuanto nuestras miradas se cruzan.

Yo le devuelvo la sonrisa, algo poco habitual en mí. No se me da bien tontear y tampoco sé cómo reaccionar cuando alguien coquetea conmigo. Pero tiene una sonrisa muy agradable y ni siquiera estamos en la misma planta, por lo que no siento la amenaza de un posible momento incómodo.

—¿Qué haces? —pregunta.

Mi reacción es volver la vista para asegurarme de que me está hablando a mí. Tal vez el tipo se está dirigiendo a alguien a mi espalda, pero aparte de una madre que se ha atrevido a entrar en una tienda de antigüedades con un niño pequeño, no hay nadie más por aquí. Y como la madre y el niño están mirando hacia otro lado, supongo que se dirige a mí.

Alzo los ojos y compruebo que me sigue observando, con la misma sonrisa en la cara.

—¡Voy a comprarme este trofeo!

Creo que su sonrisa me gusta, aunque está un poco lejos y no sé si me siento atraída por él o no. Su confianza resulta atractiva, eso sí. Tiene el pelo moreno y lo lleva cortado a capas irregulares, con puntas que le salen disparadas en todas direcciones. No soy quién para criticar, por-

que creo que no me he pasado un peine por el pelo desde ayer por la mañana. Lleva una sudadera con capucha de color gris, que se ha remangado por encima de los codos. Veo que el brazo donde ha apoyado la barbilla está cubierto de tatuajes, pero no los distingo desde aquí. En general, me parece un poco demasiado joven y demasiado tatuado para estar curioseando en una tienda de antigüedades un día laborable por la mañana. Pero no debería criticarlo, ya que yo ahora mismo debería estar en clase.

Me doy la vuelta y finjo que sigo comprando, pero soy muy consciente de que él continúa observándome. Aunque trato de ignorarlo, los ojos se me desvían de vez en cuando en su dirección para asegurarme de que sigue ahí. Y sí, ahí sigue.

Tal vez trabaja aquí y está pasando el rato, pero eso no explicaría por qué no deja de observarme. Si esta es su manera de ligar, me parece bien rara, aunque, por desgracia, me atraen las cosas poco convencionales, y sí, me atraen los raritos. Por eso curioseo por toda la tienda aparentando indiferencia, cuando en realidad me está alterando mucho. Siento que su mirada me sigue a cada paso que doy. Se supone que las miradas son ingrátidas, pero lo cierto es que tener sus ojos clavados en mí hace que los pasos que doy me parezcan más pesados. Incluso el estómago me pesa más.

Ya no me queda nada por ver en la tienda, pero todavía no quiero marcharme. Estoy disfrutando con este jueguecito.

Voy a una escuela pública muy pequeña de un pueblo muy pequeño. Y cuando digo «pequeño», estoy siendo ge-

nerosa. Hay unos veinte alumnos por curso. No por clase, ¡por curso!

Yo soy de las mayores, y en mi curso somos veintidós alumnos: doce chicas y diez chicos. Con ocho de esos diez he ido a la misma clase desde que teníamos cinco años, lo cual hace que el mercado de las citas se reduzca bastante. Es difícil sentirte atraído por alguien a quien llevas viendo cada día desde que tienes cinco años.

Pero no tengo ni idea de quién es este tipo que me ha convertido en su centro de atención, y ya solo por eso me siento más atraída por él que por cualquier persona que vaya a mi colegio.

Me detengo en un pasillo que él puede ver perfectamente desde su posición y finjo estar interesada en uno de los carteles que se exhiben. Es un viejo cartel blanco donde hay escrita la palabra PILÓN sobre una flecha que señala a la derecha. Me hace gracia, sobre todo cuando veo que al lado tiene un cartel que podría haber salido de una gasolinera en el que pone: LUBRICANTE. Me pregunto si alguien ha colocado los carteles con connotaciones sexuales juntos por casualidad o si ha sido algo intencionado. Si me alcanzara el dinero, los compraría y empezaría una nueva colección de carteles con connotaciones sexuales, pero, con lo caro que es el trofeo, no me lo puedo permitir.

El niño que ha estado curioseando por la tienda con su madre se ha acercado a mí; ahora mismo lo tengo a medio metro. Debe de tener cuatro o cinco años, la edad de mi hermano Moby. Su madre le ha dicho un montón de veces que no toque nada, pero igualmente agarra el cerdito de cristal que tiene delante. ¿Por qué les gustarán tanto a los

niños las cosas frágiles? Examina el cerdito con los ojos tan brillantes que me doy cuenta de que la curiosidad pesa más que las órdenes de su madre.

—Mamá, ¿me lo compras?

La madre está en otro pasillo, rebuscando entre un montón de revistas viejas. Ni siquiera se vuelve para ver qué le está enseñando.

—No —se limita a responder.

El niño pierde el brillo en la mirada. Con el ceño fruncido, devuelve el cerdito a su lugar, pero, al dejarlo sobre el estante, se hace un lío con las manos y el cerdito acaba roto a sus pies.

—No te muevas. —Me acerco a él antes de que llegue su madre y me pongo a recoger los trozos.

Su madre lo levanta del suelo y lo aleja unos cuantos metros para que no se corte.

—¡Te he dicho que no tocas nada, Nate!

Me giro hacia el niño, que está contemplando los cristales rotos como si acabara de perder a su mejor amigo. La madre se lleva la mano a la frente, como si estuviera exhausta y frustrada, y se agacha para ayudarme a recoger los pedazos.

—No ha sido él —le digo—. Se me ha roto a mí.

La mujer se vuelve hacia su hijo y el niño me mira como si sospechara que lo estoy poniendo a prueba. Le guiño el ojo antes de que la madre se gire hacia mí.

—No lo he visto. —Señalo al niño—. He chocado con él y se me ha resbalado.

—Oh. —La madre parece sorprendida y también un poco culpable por haber dado por hecho que ha sido cosa de su hijo.

Mientras las dos seguimos recogiendo los trozos más grandes, el hombre que estaba tras la máquina registradora cuando he entrado aparece de la nada con una escoba y un recogedor.

—Ya me encargo yo —nos dice, pero al momento señala un cartel en la pared que pone: SI LO ROMPES, LO PAGAS.

La mujer coge al pequeño de la mano y se aleja. Cuando el niño mira por encima del hombro y me sonríe, siento que ha merecido mucho la pena cargar con la culpa. Me vuelvo hacia el tipo de la escoba y le pregunto:

—¿Cuánto costaba?

—Cuarenta y nueve dólares, pero solo te cobraré treinta.

Se me escapa un suspiro. No estoy segura de que la sonrisa del crío valiera treinta dólares. Devuelvo el trofeo del concurso de belleza a su sitio y lo cambio por otro mucho menos llamativo, pero también bastante más barato. Me acerco a la caja y pago el cerdito roto y el trofeo de primer lugar en un concurso de bolos. Cuando el hombre me entrega la bolsa y el cambio, me dirijo a la puerta. Justo cuando estoy a punto de abrirla, me acuerdo del tipo que me observaba desde la barandilla del piso de arriba, así que echo un vistazo final, pero ya no está ahí. No sé por qué, eso me hace sentir aún más pesada.

Salgo de la tienda, cruzo la calle y me acerco a una de las mesas que hay cerca de la fuente. Llevo viviendo en Hopkins County toda la vida, pero no suelo frecuentar la plaza, no sé por qué. Y eso que me enamoré de este lugar cuando colocaron aquellos carteles tan raros para indicar los pasos de cebra. Las señales muestran a un hombre cruzando la calle, pero tiene la pierna tan levantada que po-

dría formar parte del *sketch* sobre los andares tontos de los Monty Python.

El ayuntamiento también instaló dos baños públicos por aquella época. Son dos estructuras de cristal que parecen cubos de espejo desde el exterior, pero que permiten ver la calle desde dentro. Me parece incómodo estar sentada en el váter haciendo tus cosas mientras ves los coches pasar. Sin embargo, al sentirme atraída por las cosas raras, debo de ser una de las pocas personas del pueblo orgullosa de nuestros baños.

—¿Para qué es el trofeo?

Hablando de mi atracción por las cosas raras.

El tipo de la tienda de antigüedades está a mi lado, y ahora ya puedo afirmar con total certeza que me resulta muy atractivo. Tiene los ojos azules, pero es un azul tan claro y poco habitual que es lo primero que me llama la atención, porque contrasta mucho con su piel morena y el pelo negro como el carbón. Me lo quedo observando unos instantes. Creo que no había visto nunca a alguien con unos ojos tan claros y un pelo tan oscuro. Es como si algo no encajara, pero bueno, seguro que es una manía mía.

Sigue sonriéndome igual que en la tienda, lo que me lleva a preguntarme si es de los que sonríen siempre. Espero que no. Prefiero pensar que me está sonriendo así porque no puede evitarlo. Señala con la cabeza en dirección a la mochila y de pronto me acuerdo de que me ha preguntado por el trofeo.

—Ah, es para mí.

Él ladea la cabeza con expresión entre divertida y extra-

ñada. No sé por cuál decidirme, pero la verdad es que me da igual.

—¿Coleccionas trofeos que no has ganado?

Cuando asiento con la cabeza, se ríe, pero es una risa silenciosa, como si quisiera guardársela para él solo. Tras meterse las manos en los bolsillos de los vaqueros, añade:

—¿Por qué no estás en clase?

Pensaba que no era tan obvio que aún voy al instituto. Dejo la bolsa en la mesa y me quito las sandalias.

—Hace un día precioso; no quería pasarlo encerrada en un aula.

Me acerco a la fuente, que en realidad de fuente tiene poco. Es una superficie de hormigón a ras del suelo que tiene forma de estrella. El agua sale de unos surtidores escondidos en el suelo que rodean la estrella y lanzan el agua hacia el centro. Pongo el pie encima de uno de ellos y espero a que el agua me alcance.

Estamos en la última semana de octubre. Ya no hace calor como para que los niños jueguen en el agua, como en verano, pero todavía no hace frío como para no poder mojarme un poco los pies. Me gusta notar que el agua me golpea las plantas. Ya que no puedo pagarme una pedicura, tendré que conformarme con esto.

El tipo me sigue observando, pero no me molesta. Supongo que me estoy acostumbrando, y es como tener otra sombra, solo que un poco más atractiva que la habitual. Lo miro de reojo mientras se quita los zapatos, se coloca a mi lado y tapa otro de los surtidores con el pie.

Ahora que está más cerca, me fijo en los tatuajes. Tal como me había parecido, los lleva solo en el brazo izquier-

do, en el derecho no hay ni uno; aunque los que tiene no son en absoluto como me esperaba. Cada uno es distinto y no tienen relación entre ellos. En la parte exterior de la muñeca lleva una diminuta tostadora de la que asoma una rebanada de pan. Cerca del codo se ha tatuado un imperdible, y a lo largo del antebrazo se leen las palabras: «Su turno, Doctor». Alzo la vista y veo que está mirándose los pies. Estoy a punto de preguntarle cómo se llama, pero el agua me golpea la planta del pie. Desprevenida, me echo a reír y lo aparto. Los dos nos quedamos contemplando el chorro que se arquea hacia el centro de la estrella.

Cuando se dispara su surtidor, no reacciona. Se queda observándose el pie hasta que deja de salir agua y la fuente reanuda su camino circular. Levanta la vista hacia mí, pero ahora ya no sonrío, y hay algo en la solemnidad de su expresión que hace que se me contraiga el pecho. Veo que abre la boca y le presto toda mi atención para no perderme ni una palabra.

—De todos los lugares en los que podríamos estar, estamos en este. Al mismo tiempo.

Aunque por su tono de voz parece que la idea le divierta, su expresión es de desconcierto. Niega con la cabeza y se acerca más a mí. Alza el brazo tatuado y me acaricia un mechón de pelo que se ha soltado. El gesto es muy íntimo, tan inesperado como el resto de esta situación, pero me parece perfecto. Aunque quiero que lo haga otra vez, deja caer el brazo.

No recuerdo que nunca me hayan mirado como él me está mirando en este momento: como si le resultara fascinante. Sé que no nos conocemos en absoluto y que, sea lo

que sea esta conexión que hay entre nosotros, lo más probable es que se rompa en cuanto tengamos la primera conversación de verdad. Seguramente será un capullo, o pensará que soy un bicho raro; nos sentiremos incómodos y ambos nos alegraremos de perder de vista al otro. Así es como suelen ser mis interacciones con los chicos. Sin embargo, ahora que todavía no sé nada de él aparte de que sabe ponerse muy intenso, puedo imaginarme que es perfecto. En mi mente lo dibujo inteligente, respetuoso, divertido y como un artista, porque así es mi hombre ideal. Me conformo con imaginarme que posee estas cualidades hasta que se canse de estar así, quieto, frente a mí.

Cuando se acerca un paso más, tengo la sensación de haberme tragado su corazón, porque noto un exceso de latidos en el pecho. Baja la vista hacia mis labios y estoy segura de que va a besarme..., o eso espero, lo cual es bien raro, porque apenas hemos cruzado un par de frases. Me da igual, quiero que me bese mientras me imagino que es perfecto, porque entonces lo más seguro es que su beso también lo sea.

Me acaricia el brazo con suavidad, aunque en realidad siento que me está presionando los pulmones con las dos manos. Sus dedos dejan un rastro de escalofríos a su paso hasta que alcanzan su objetivo, que resulta ser mi cuello.

No sé cómo logro mantenerme en pie, ya que las piernas se me han vuelto de mantequilla. Con la cabeza echada hacia atrás, le observo la boca, tan cerca de la mía. Aunque parece dudar unos instantes, se rinde diciendo:

—Me entierras.

No entiendo por qué me dice eso, pero me gusta. Como

también me gusta el suave contacto de sus labios, que se unen a los míos justo después de decirlo. Tenía razón: es un beso perfecto. Tan perfecto como los de las películas de antes, cuando el protagonista apoyaba la mano en la espalda de la protagonista y ella se arqueaba hacia atrás, como si quisiera formar una letra C mientras él la atraía por la cintura. Es uno de esos besos.

Me pega a él mientras me recorre los labios con la lengua. Y, como en las películas, tengo los brazos colgando a los lados, hasta que me doy cuenta de lo mucho que me apetece seguirle el juego y me decido a devolverle el beso. Su boca sabe a helado de menta y me parece perfecto, porque este momento acaba de convertirse en una de mis cosas favoritas, casi tanto como el postre. La situación resulta casi cómica. ¿Qué puede haber llevado a este desconocido a besarme como si fuera lo último que le quedaba pendiente en la vida? ¿Qué lo ha empujado a hacer algo así?

Me sujeta la cara con las dos manos como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. No parece tener ninguna prisa y tampoco parece importarle que nos vean, porque estamos en medio de la plaza del pueblo y ya nos han pitado dos veces.

Le rodeo el cuello con un brazo y dejo que me bese tanto como quiera, porque no tengo nada mejor que hacer ahora mismo. Y, si lo tuviera, cancelarí mis planes para seguir con él.

Justo cuando me hunde una mano en el pelo, el chorro de agua se dispara bajo mis pies y se me escapa un grito porque me pilla por sorpresa. Él se echa a reír, pero no deja de besarme. Nos estamos empapando, porque no tapo

bien el surtidor, pero a ninguno de los dos nos importa; es solo un elemento más que añade surrealismo al beso.

Por si no fuera todo lo bastante raro, el teléfono le sueña en ese momento. Cómo no. Tenía que pasar algo así, era un beso demasiado perfecto.

Se aparta un poco y, cuando nuestros ojos se cruzan, veo que su mirada parece saciada y hambrienta al mismo tiempo. Se saca el móvil del bolsillo y baja la vista hacia la pantalla.

—¿Has perdido el teléfono o es una broma?

Me encojo de hombros porque no sé qué parte de esto piensa que puede ser una broma: ¿que le haya permitido besarme?, ¿que alguien haya llamado en mitad del beso en cuestión?

Riendo, responde:

—¿Hola? —Pero la sonrisa se le borra del rostro y su expresión pasa de la diversión a la extrañeza—. ¿Con quién hablo?

Tras unos instantes se aparta el teléfono de la oreja; mira la pantalla y vuelve a mirarme a mí.

—Va, en serio. Es una broma, ¿no?

No sé si me lo está diciendo a mí o a la persona que ha llamado, así que me encojo de hombros otra vez. Él se lleva el móvil a la oreja y da un paso hacia atrás, alejándose de mí.

—¿Con quién estoy hablando? —repite. Tras un instante, se lleva la mano a la nuca y, con una risa nerviosa, replica—: Pero si te tengo delante...

Al oír esas palabras, noto que me quedo blanca como la leche. Todo el color se retira, primero de mi rostro y luego del resto del cuerpo hasta que acaba hecho un charco a mis

pies. El momento surrealista con este desconocido ha llegado a su fin y me ha dejado sintiéndome como una copia barata de Honor Voss, mi hermana gemela, la chica que obviamente se encuentra al otro lado del teléfono.

Me cubro la cara con la mano y me doy la vuelta. Recupero los zapatos y la mochila y trato de poner la máxima distancia entre nosotros antes de que se dé cuenta de que la chica a la que ha estado besando no es Honor.

No me lo puedo creer. Acabo de besar al novio de mi hermana.

No lo he hecho queriendo, claro. Ni siquiera sabía que tenía novio. Lo sospechaba, porque últimamente pasaba mucho tiempo fuera de casa, pero, de todos los tíos que hay en el mundo, ¿cómo iba a sospechar que era justo este?

Sigo alejándome a toda prisa, pero pronto oigo sus pasos que se acercan corriendo.

—¡Eh! —me llama.

Por eso me miraba en la tienda, pensaba que era ella. Y por eso me ha preguntado por qué no estaba en clase, porque si conoce a Honor lo bastante bien como para besarla, sabe que mi hermana nunca faltaría a clase.

Ahora todo tiene sentido. Esto no ha sido una conexión a primera vista entre dos extraños, ha sido una confusión. Me ha confundido con su novia, y me siento la persona más idiota del mundo por no haberme dado cuenta antes de lo que estaba pasando.

Cuando me agarra por el codo, no me queda más remedio que enfrentarme a él, porque necesito dejarle claro que Honor no puede enterarse de lo que acaba de pasar. Cuando nuestros ojos se encuentran, ya no me está mi-

rando como si le resultara fascinante. Mira su móvil, y luego a mí, y luego al móvil otra vez.

—Lo siento —me dice—. Pensaba que eras...

—Pues te has equivocado —respondo de mala gana, aunque entiendo que ha sido un error justificado.

Honor y yo somos gemelas idénticas, pero si la conociera mejor sabría que mi hermana nunca se pasearía en público como voy yo. No voy maquillada, llevo el pelo hecho un desastre y la misma ropa que ayer.

Él se guarda el móvil en el bolsillo, pero vuelve a sonar. Cuando lo levanta, veo el nombre de Honor. Le arrebato el teléfono y deslizo el dedo sobre la pantalla.

—Hola.

—¿Merit? —Honor se echa a reír—. ¿Qué está pasando ahí? ¿Qué haces con Sagan?

¿Sagan? Si es que hasta el nombre lo tiene perfecto.

—No estoy haciendo nada. Nos hemos encontrado por casualidad y se ha pensado que yo era tú. Y entonces has llamado y... digamos que estaba un poco confundido.

Todo esto lo digo con los ojos fijos en Sagan. Él me sostiene la mirada, sin tratar de recuperar el móvil.

Honor se echa a reír otra vez.

—Qué gracia. Ojalá le hubiera visto la cara.

—Ha sido hilarante —replico muy seria—, pero deberías avisar a tu novio de que tienes una hermana gemela. —Le devuelvo el móvil a Sagan.

Mientras me alejo, él se queda con el teléfono en la mano, pero es incapaz de dejar de mirarme.

—No le cuentes lo que ha pasado —susurro—. Ni a ella ni a nadie. Nunca.

Él titubea, pero acaba asintiendo. En cuanto me confirma que no le diré nada a Honor, me doy la vuelta y me marcho.

Nada va a poder superar nunca este nivel de vergüenza. Nada.